



BOLETIN INTERIOR DE LA BRIGADA

CASO DE JUSTICIA

En Valencia y Barcelona, como todos sabemos, hace tiempo que funciona la Escuela Popular de Guerra. Su misión es la enseñanza teórica como preparación militar para futuros oficiales del Ejército Popular. El ingreso en dicha Escuela puede hacerse desde los dieciocho hasta los treinta y dos años de edad, o sea, se puede esperar tranquilamente en casa hasta que las convocatorias para cubrir las plazas señaladas salgan a luz, y una vez cubiertas, ya tenemos X número de oficiales. Simplemente dos meses a lo sumo de estudio y, ya tenemos transformados esos jovencitos en flamantes oficiales. Esto se hace sin pensar que en el frente los galones se ganan por méritos de guerra. Aun recuerdo el caso de un amigo mío, el cual, habiéndosele nombrado sargento en Valencia, presentóse con sus galones al Comandante de la Brigada a la cual fué destinado en un frente de Madrid. Al verle los galones, le dijo el Comandante que se los quitara. "Esos galones—le dijo—hay que ganarlos en el frente." Pues precisamente en los frentes tenemos muchos sargentos con capacidad militar suficiente para ocupar airoosamente otros puestos más elevados. Tienen la práctica de meses y meses de guerra, son probados antifascistas, luchadores que dieron la cara en los primeros días de la revolu-

ción, tomando las armas sin ningún afán de lucro, puesto que ningún sueldo cobraban, y, sin embargo, se encuentran hoy postergados, relegados al olvido. Les falta la teoría—se dice—. Yo estoy conforme que la teoría es necesaria; aún digo más: es casi imprescindible, pero también digo que la teoría sin la práctica es nula. ¿Por qué tener esas Escuelas abiertas a esos, que, en su inmensa mayoría, nada han hecho por la causa; a esos que nada más se acordaron de la guerra hasta que se abrieron esas Escuelas? En vez de esto, ¿por qué no limitar esos estudios teóricos a nuestros viejos luchadores, que se encuentran con más derecho que los otros? Cuando menos, se les debía de dar facilidades para el estudio, bien enviándose a los frentes un Profesor por Brigada o buscándoles otros medios para hacerlo. Los de retaguardia, los que no han pisado aún un frente, deben de pasar por las mismas calamidades, por las que pasaron nuestros viejos combatientes; deben de poner a prueba su temple y hacerse acreedores a esos galones, que tan fácilmente se adquieren. Donde hay voluntad y sed de justicia, las palabras no se las lleva el viento, y éstas espero, sean recogidas con el mismo afán como el que las escribe.

FORTU

March, el contrabandista

Juan March, el financiero de la insurrección militar franquista, es uno de los tipos más repugnantes e indignos entre toda la canalla corrompida que constituye el mundo del dinero. Desde que apareció en el mundo de los negocios a principios de siglo, no ha habido en España negocio sucio o chantaje financiero en el que no haya intervenido, sin reparar para ello en los medios, desde la compra de un ministro hasta el crimen, si éste ha sido necesario.

Cuando en 1931, March iba a ser juzgado por la Comisión de Responsabilidades del Congreso, Cambó, otro buitre del mundo financiero, decía de March:

"El asunto March, es el más escandaloso que ha habido en el mundo, porque durante once años, el Sr. March ha tenido a su disposición a los expresidentes del Consejo y a los ministros y ha mandado en España. Destituía gobiernos a su antojo y su influencia llegaba al Parlamento."

Y de esa forma, corrompiendo ministros o pagando asesinos para que le librasen de un competidor, Juan March ha llegado a reunir una fortuna, que en 1933—después seguramente ésta ha aumentado—se calculaba en unos 250 millones de pesetas.

Poseía en aquella época una compañía de navegación; las industrias eléctricas de Baleares, varias fábricas de tabaco en Argel y Orán; dos diarios en Madrid, "La Libertad" e "Informaciones" y uno en Palma de Mallorca, y hasta poco antes (noviembre de 1931), el monopolio de la venta del tabaco en la zona del protectorado.

Juan March nació el año 1879 en Santa Margarita (Palma de Mallorca). Su padre, que había co-

menzado como pequeño campesino comerciando con ajos, amplió después su negocio a la compra y venta de cereales y ganados, pero el volumen de su negocio no excedía de cien mil pesetas anuales.

Pero eso era cosa insignificante para el pequeño Juan, que ya desde muy niño demostró poseer excelentes dotes para quedarse con lo que no era suyo. Por eso se fijó en el contrabando de tabaco, que ya a últimos del siglo XIX se encontraba bastante desarrollado en las Baleares.

March emprendió el negocio del contrabando con quinientas pesetas que le robó a su padre. Ya antes había realizado algunos pequeños negocios, como el comprar trigo podrido y venderlo como bueno. Pero donde había de hacerse célebre y millonario era con el contrabando de tabaco.

Comenzó el contrabando de tabaco como cualquier otro: comprando algunos fardos de tabaco que transportaba después en un falucho cualquiera a la Península. Pero hombre emprendedor para todo lo que fuera negocios sucios, pronto montó el contrabando de tabaco en gran escala, como una verdadera industria, con su flota propia, montando sus fábricas propias en Argel y Orán, comprando funcionarios, estableciendo una red de agentes y espías en todos los puertos, asociándose con otros negociantes de su misma calaña, de los que después se deshacía, recurriendo incluso al crimen—como en sus primeros tiempos en Palma de Mallorca y más tarde, en 1916 en Valencia, donde aparecieron muertos dos competidores de March, asesinados por sus agentes—, denunciando a los agentes de la Tabacalera las embarcaciones cargadas de tabaco de los

otros contrabandistas, mientras las suyas hacían el contrabando, hasta llegar a ser el monopolizador de la venta de tabacos en Marruecos.

El 2 de agosto de 1927, la dictadura de Primo de Rivera, le concedió a March el Monopolio de Tabacos en el Rif. Pero ya, desde muchos años antes, venía en realidad disfrutando March de ese monopolio. Veamos cómo:

En virtud de las atribuciones que el Acta de Algeciras confería al Sultán de Marruecos, éste concedió en 1910 el monopolio del tabaco, del rapé y del kif en el Rif, por un plazo de cuarenta años, a M. León Weill, representante del Banco de París y de los Países Bajos, quien cedió sus derechos a un consorcio internacional denominado "Société Internationale de regie cointeressée des tabacs Maroc", constituida en forma anónima, con un capital de ocho millones de pesetas.

Al ser dividido Marruecos en dos zonas, fué necesario acomodar las condiciones de la concesión del Monopolio a la nueva situación, sin tocar los derechos adquiridos.

La "regie" envió a Marruecos un representante para que estudiara la forma de establecer el monopolio. Pero la "regie" no contó con March, que ya en aquella época tenía una verdadera organización en Marruecos. Y el representante de la "regie", por donde quiera que iba, se encontraba con March, con los agentes de March, con el tabaco de March, que era el único que en Marruecos se vendía. Así es que la "regie", si no quería perder su dinero, no tenía más remedio que entenderse con March, el cual se quedó con la representación del Monopolio por 150.000 pesetas, de las cuales sacaba cerca de nueve millones al año.

Pero no por eso dejó March de hacer contrabando. Al contrario, esa fórmula "legal" para la venta de sus tabacos en el Rif, le facilitaba el otro negocio y poder seguir defraudando al Tesoro español.

Lo defraudado por March al Tesoro español con su negocio del contrabando del tabaco, se eleva, según las apreciaciones de un director de la Compañía Arrendataria de Tabacos—el Sr. Bastos—a 30 ó 40 millones de pesetas anuales. Si tomamos en cuenta que ese "negocio" lo ha venido haciendo March por espacio de medio siglo por lo menos, podemos calcular que lo que con el contrabando de tabaco ha robado March al Erario español se eleva a más de 750 millones de pesetas.

Como antes hemos indicado, March tenía para su negocio de contrabando una verdadera flota. Dará idea de la importancia de la misma el hecho de que, desde 1909 a 1923, le fueron apresadas unas setenta embarcaciones, a pesar de la excelente red de espías que tenía, que hacía que cuando la Arrendataria se disponía a hacer perseguir el contrabando, March se enterase antes que los mismos que habían de realizar el servicio.

No era tampoco muy escrupuloso March en lo que se refiere al pabellón de sus barcos. Cuando tenía la seguridad de que los que le perseguían no habían de ser muy rigurosos con él—porque el dinero había jugado antes su papel—, sus barcos cruzaban los mares con el pabellón español; pero cuando no tenía seguridad y temía le apresasen sus embarcaciones, el pabellón español era cambiado por el pabellón francés o el pabellón inglés.

(Continúa en la página 3.)

¡ UNIDAD !

(CUADRO
DE PROPAGANDA)

PERSONAJES:

Manuel
Pedro
Luis
Comisario

Todos luchadores

Autor:

JOSE LUIS CLAIRAC

Comisario

La escena representa el interior de una chabola, cuya puerta se figura a la izquierda del actor; las paredes son de piedras superpuestas, y el techo, de ramaje; cuelgan de los palos que lo sujetan unos cascotes; en la pared, unos macutos; en un rincón, cinco o seis fusiles, un botijo y unas cantimploras; una colchoneta rollada sirve de asiento. De un palo, que sirve de sostén al techo, penden unos correaes y un candil.

En su defecto, y para mayor facilidad de presentación, la acción puede desarrollarse en pleno campo y a la puerta de cualquier chabola figurada. Útiles, los mismos.

En escena, MANUEL, PEDRO y LUIS conversan, sentados los dos primeros en la colchoneta y el otro en el ancho suelo, mientras fuman.

MANUEL. Mira que es malo este tabaco, parece paja, ¡cuando me acuerdo de aquellas cajetillas de Logroño...!

LUIS. ¡Y que no falte! Yo ya me he acostumbrado a él y lo mismo me da, y por las noches, después de la guardia, sabe a gloria.

PEDRO. ¡Oye! Hoy creo que se incorporan los del permiso; veremos que nos cuentan de Madrid. ¡Cómo se habrán puesto de cerveza!

MANUEL. Yo, cuando voy a Madrid, tan de tarde en tarde, veo a la familia, y me dedico enseguida a buscar por todos los bares la cervecita, es lo único que no encuentro en Madrid que esté cambiado, y, para eso, ya no dan aquellas tapitas...

LUIS. A mí, Madrid me desilusiona, no por Madrid, tan grande y tan heroico, sino por la cantidad de "enchufados" que te encuentras. Individuos que no han visto un frente más que en fotografía si acaso; llevan dos o tres railes y se dedican a presumir con ellos; con la falta que hacen por aquí, y eso que los oyes y no acaban: "Hemos" tomado tal pueblo, ahora "avanzamos" por tal frente; "vamos" a atacar por tal otro. Y lo único que toman es cerveza a litros, y el ataque es el que les iba a dar si los sacaran de allí.

PEDRO. Pues ¿y las organizaciones? Que si nosotros opinamos; que si los de tal sindicato o tal organización han hecho o han dejado de hacer; que si no fuese por nosotros; que yo estoy harto de los de tal sitio; que si los de allá son "proselitistas"; que si el Gobierno; que si el Ayuntamiento; que si tal; que si cual. ¡Por qué no se darán una vueltecita por aquí para que vean cómo se defiende la causa? Así hablarían más de la guerra y se dejarían de tantas cuestiones. Aquí, ya lo veis vosotros, todos estamos unidos, en perfecto compañerismo, sin discusiones de que si los míos o que si los tuyos, luchamos por aplastar a los fascistas de todas las nacionalidades, y no nos metemos en todas esas politiquerías.

MANUEL. ¿Sabéis alguno de qué partido soy yo?

LUIS. No; ni nos importa, eres un compañero antifascista, puesto que estás aquí; has venido con la mis-

MANUEL.

PEDRO.

MANUEL.

LUIS.

MANUEL.

PEDRO.

LUIS.

MANUEL.

LUIS.

MANUEL.

LUIS.

PEDRO.

MANUEL.

LUIS.

ma idea que nosotros, y eso nos basta.

Pues a eso iba yo. ¿Por qué en la retaguardia no harán lo mismo?

¿No será que hay muchos interesados en que la guerra continúe? Si no, no me lo puedo explicar. La guerra, para muchos, es un negocio; no les conviene que esto se acabe; por eso no quieren que estemos todos unidos, y luchan contra la Unidad.

Yo opino que los de retaguardia debían venir aquí una temporada, convivir con nosotros, respirar esta atmósfera de unión de camaradería, sin distinciones, y entonces comprenderían lo que están haciendo. Debían preocuparse de ayudar más a los que luchamos, sus visitas aquí nos animarían, elevando nuestra moral, y el verlos a ellos unidos como nosotros, sería una satisfacción grande para todo el que lucha. Hay que realizar en todos los sitios una labor de solidaridad, y si ellos no la hacen, cuando se acabe la guerra podremos exigirselo.

Si esperas que vengan aquí haces bien en seguir sentado. Con lo bien que se está en un buen sillón discutiendo y envidiando. Con mucha palabrería y mucho papeleo, para dar la sensación "de que se lucha", con el coche a la puerta, y eso que no hay gasolina, durmiendo en sus buenas camas, sin insectos, ni guardias, ni parapetos, ni tiros, ni aguantando fríos y lluvias, como aquí no hay más remedio que aguantar. ¡Aquí van a venir!

Pero ya verás como luego, si les dejamos, los que han ganado la guerra son ellos.

Lo que hace falta es ganarla, que luego tiempo nos sobrará para pensar y analizar la actuación y los méritos de cada uno.

En eso tienes razón. (Transición.) Bueno, yo me voy a ver si relevo que me toca puesto. (Se dirige a los correaes, coge y se pone uno; luego, un fusil, que examina, y sale cuando se diga.)

Y que está Juan de guardia, y sabes tiene malas pulgas, y como te retrases, va a haber más que palabras.

Pues por eso me voy, que si se tratase de ti, te dejaba echar raíces al ladito del parapeto. (Bromeando.)

(Sigue la broma.) Como me levante, te voy a sacudir.

Sí; como que te vas a levantar. Y estás en la colchoneta que parece el gran Visir. Bueno; hasta ahora y divertirse.

Salud, y ten cuidado con el "civil" de enfrente, que te tiene ganas.

Como no le va a tener ganas si éste es un "pinta".

Bueno; me voy antes que tenga que liarme con los dos, porque eso es lo que queréis vosotros para irros al Hospital. (Ponderativo.)

PEDRO.
MANUEL.

PEDRO.

MANUEL.

VOZ FUERA.

PEDRO.

COMISARIO.

PEDRO.

COMISARIO.

MANUEL.

COMISARIO.

¡Y que hay unas niñas! (Sale.) Que buen chico es.

Yo le quiero mucho. Siempre recordaré el día aquel del ataque, en que me hirieron, y entre una lluvia de balas fué por mí, y eso que no me conocía, por aquel entonces, más que de vista; me sacó arriesgando su vida, y desde entonces le quiero como a un hermano.

Y hermanos somos todos, hijos de una misma causa, hermanos de ideal y hermanos de lucha. ¿Qué más quieres?

Verdad; nuestro compañerismo es tan grande, tan íntimo y tan constante, que somos todos como una familia, nos unen tantos lazos, tantos peligros corridos juntos, tantas alegrías y penas, que entre nosotros es tan dolorosa la pérdida de un camarada como si la sangre vertida fuese la nuestra propia.

¿Se puede?

(A Manuel.) Es el Comisario. (En alta voz.) Pasa, camarada, pasa.

¿Qué hay, muchachos? ¿Qué hacéis?

Pues ya ves, estábamos charlando un rato de la diferencia que existe entre la retaguardia en que se lucha entre los partidos, más o menos abiertamente, y el frente, donde todos los compañeros son como verdaderos hermanos.

Y tenéis razón. Es doloroso el mirar a la retaguardia; pero nosotros tenemos la obligación moral y política de mirar sólo hacia adelante; nuestras familias, nuestras mujeres e hijos tienen puesta la confianza en nosotros. Somos el dique opuesto a las furias destructoras del fascismo, y no podemos flojear ni consentir que nuestro ánimo decaiga ni por un momento. Nuestro puesto es éste. El día que nosotros volvamos a nuestras casas y a nuestras organizaciones, será la hora de pedir cuentas a los que hoy no supieron, o lo que no quiero ni pensar, no quisieron hacer cristalizar en espléndida realidad ese anhelo de todos los combatientes. Pero nosotros debemos sin quitar la vista del enemigo, firmes nuestros puestos, debemos gritar fuerte, muy fuerte, para que nuestras voces se oigan en esa retaguardia dormida, y las oigan hasta los sordos, nuestro deseo: ¡Unidad!, ¡Unidad! y ¡Unidad!

Tienes razón, camarada, y razón que te sobra; el día que la unidad se logre, la guerra estará ganada. Por eso, la Unidad es una gran victoria, y como tal hay que luchar para conseguirla. Trabajemos todos por ella, con entusiasmo, una causa sola, pues un Partido solo. Todos los trabajadores unidos en la retaguardia como en el frente, y el triunfo será nuestro. Luchemos por la Unidad; estudiad, camaradas; el libro nos ha de dar la cultura necesaria; obedeced, que la disciplina es precisa; trabajad, colaborad, no sólo con las armas, sino con vuestro entendimiento y vuestra aplicación en forjar una nueva juventud y una humanidad perfecta, bien preparada física, moral y políticamente, para que España, la España heroica y trabajadora, brille libre y poderosa.

(Adelantándose al proscenio y dirigiéndose al espectador.) Obreros, ¡a la lucha! Camaradas, ¡Unidad!

MARCH, EL CONTRABANDISTA

(Viene de la página 1.ª)

De agosto de 1927 a noviembre de 1931 tuvo el monopolio de la venta de tabacos de Marruecos, monopolio concedido por la dictadura de Primo de Rivera, de una manera ilegal y contraviniendo hasta la ley de Contabilidad—claro que por medio andaría la "prodigalidad" de March para comprar ministros—, y que el primer gobierno de la República decidió anular esa concesión, quitándole el monopolio a March.

Este hecho dió una nueva ocasión para demostrar hasta dónde llegaba el poder corruptor de March en Marruecos.

En la sesión parlamentaria del 14 de junio de 1932, Indalecio Prieto, ministro entonces de Hacienda, contestando a Gil Robles—que se había erigido, naturalmente, en defensor de March—que acusaba a Prieto de que al quitar el monopolio de tabacos en Marruecos a March se había perjudicado la Renta en 800.000 pesetas, Prieto decía:

"Mientras el Sr. March provee de tabaco al Estado español, se venden en Melilla (meses del año 31): en julio, 132.143 pesetas; en agosto, 159.380 pesetas; en septiembre, 118.600 pesetas; en octubre, 118.500; en noviembre (mes en que el Sr. March ya no provee de tabaco al Estado español) se venden 47.000 pesetas; en diciembre 70.000; en enero, 57.000; en febrero, 31.000; en marzo, 20.000; en abril, 10.000, y en la primera quincena de mayo, 3.000. No se han perdido las 800.000 pesetas. ¡Las ha robado el Sr. March!

Y es que en Marruecos, March tenía comprados desde los limpiabotas hasta a los más altos funcionarios.

Pero por primera vez March, el hombre que veía abrirse a su paso las puertas de todos los Ministerios, el que había conseguido echar de la Dirección Arrendataria de Tabacos a un director que quería poner coto a sus latrocinios—el Sr. Bastos—y hasta casi encarcelarle, se oía llamar por su nombre: LADRON, en pleno Parlamento, por un ministro.

Ya antes, el 10 de noviembre de 1931, la Cámara, a propuesta de la Comisión de Responsabilidades, se declaró incompatible con Juan March, no sin que antes Santiago Alba, uno de los políticos españoles vendidos a March, y que después ha llegado a ser ¡Presidente de la Cámara, Vicepresidente de la República!, en el período Lerroux-Gil Robles—pidiera ampliación de pruebas—. Unos días antes, el 6 de noviembre, la Cámara había declarado también incompatible con ella a Emiliano Iglesias, lugarteniente de Lerroux, abogado de March, vendido a él. El 12 de marzo de 1932, March entraba, por fin, en la cárcel. El contrabando de tabaco, que le había hecho célebre y millonario, le llevaba también a la cárcel, pero no por mucho tiempo. También allí llegó su influencia y su dinero, y a los diecisiete meses se escapaba en automóvil de la cárcel de Alcalá de Henares, llevándose con él a algunos funcionarios de prisiones.

El contrabando de tabaco ha sido el principal negocio de Juan March, pero no ha sido el único.

A principios de siglo, las luchas en el Marruecos español eran muy enconadas. Los moros querían librarse de la tutela del imperialismo español, pero carecían de armas. March vió un negocio: March tenía que pagar a los moros el transporte de los fardos de tabaco; pues en lugar de darles dinero, les daría fusiles y balas, y de este modo hacía un doble negocio. Negocio con el tabaco y negocio con las armas. Y de este modo el "patriota" March suministraba armas a los moros contra España. A él no le importaba, ni mucho menos, la justicia de la lucha de los marroquíes por su independencia; lo que le importaba a él era el negocio.

El año 1914 fué una nueva ocasión para March para aumentar sus millones. La guerra mundial habría grandes perspectivas a todos los aventureros, y March no se quedó atrás. Por aquella época, March poseía algunas acciones en la Compañía Transmediterránea de Navegación y vió la ocasión oportuna para que la Compañía pasara a su poder. Ofreciendo a algunos accionistas por sus acciones más de lo que éstas valían, provocando la baja de las mismas para sembrar el pánico entre los ti-

moratos, consiguió hacerse con casi todas las acciones de la Compañía.

Una vez naviero, ofreció sus barcos a Inglaterra para el transporte de mercancías, mercancías que él mismo vendía en la mayor parte de los casos a los aliados, burlando el acuerdo de neutralidad de España. Este hecho y sus servicios de espía a las órdenes del Almirantazgo, le sirvieron para que éste influyera cerca de Francia para que autorizase, a favor de March, la salida del tabaco de Argel. Otro bonito negocio, pero que, naturalmente, no colmaba los deseos de March. El no podía limitarse a negociar con los aliados pudiendo hacerlo al mismo tiempo con los alemanes. Y así, al mismo tiempo que servía de espía a Inglaterra y surtía de víveres a los aliados, surtía de petróleo y de bastimentos a los submarinos alemanes que merodeaban por el Mediterráneo y que se aprovisionaban de combustible, facilitado por March—que también tenía una refinería de petróleos en Palma de Mallorca—en la desembocadura del Llobregat y en la Dragonera (Palma de Mallorca). Este doble negocio con uno y otro beligerante, era todavía demasiado decente para March. Por eso, si él vendía víveres a Francia, bien podía dar a su otro cliente, Alemania, las señas de los barcos que llevaban esos víveres y la ruta que seguían, para que pudieran ser detenidos y apresados por los submarinos alemanes, con lo que hacía un triple negocio.

Tal es, a grandes rasgos, el gran bandido cuyo nombre ha vuelto a sonar estos días, como financiero de la insurrección militar de Franco, como antes financió la de Sanjurjo el 10 de agosto de 1932, y como antes, en 1930, cuando la monarquía agonizaba, quiso salvarla sirviéndose de Alba, al que había estado costeando todos los gastos de su estancia en París, durante la dictadura de Primo de Rivera.

Las elecciones de 1933, aquellas elecciones que se hicieron en España al grito de "Abajo el marxismo"—grito predilecto de Juan March—, fueron costeadas en gran parte por el contrabandista mallorquín.

En esa misma sesión de las Cortes, a que antes hemos aludido—14 de junio de 1932—, el primer ministro de Hacienda de la República, Jaime Cañer, dijo de Juan March:

"El caso March es muy serio, tan serio, que debo deciros, señores diputados, que la República deberá afrontarlo resueltamente y resolverlo, no para cometer una injusticia, sino para considerarlo muy atentamente. El señor March, en este nuevo régimen, está en la misma situación que en los tiempos de la monarquía, y o la República le somete o él somete a la República."

La República no sometió a March. Le metió, sí, en la cárcel, pero le dejó todos los millones robados, para que con parte de esos millones pudiera comprar la libertad y seguir sus negocios. Hoy, March, trata de someter a la República, de acabar con ella, financiando la empresa criminal de Franco y del fascismo internacional. Pero hoy la República española está en pie para defender su libertad y someter a los bandidos. Frente a los millones de March, robados al pueblo, se alzan las 500.000 bayonetas de que hablara Azaña, que están en las manos del pueblo.

V. ARROYO

RESIGNACIÓN

Después de luchar mil veces,
con tormentas y ventiscas
y rodar por las ariscas
tierras de mis anteriores.

Tuve que dejar mi casa,
el arado y mis labores,
por culpa de unos traidores
que vendieron nuestra España.

Ahora estoy con los leales,
y al compás de la metralla,
voy conquistando esta España,
que es sueño de Emperadores.

Ahora, otra vez no tengo nada,
pero tengo una ilusión:
de que bala que yo gasto,
hay de menos un canalla.

OLIETE

ADVERTENCIA AL NUEVO SOLDADO

A ti, camarada, hermano, a ti, que, fresco, vienes a defender la libertad, el honor de nuestra España, hoy en peligro, por causa de estas salvajes turbas, que intentan apropiarse de nuestra querida Patria, para tenernos esclavizados, como estuvieron nuestros hermanos italianos, en los tiempos de los Césares, me tomo la libertad de dirigirme.

Camarada, sé muy bien que, lo mismo que yo, tú, al salir de tu casa para defender a España, prometiste a tus padres, a tu esposa, a tu novia, no volver sin el triunfo en las manos, pues estás dispuesto, para conseguirlo, a dar tu vida si es necesario; pero date cuenta, y esto es lo que yo quiero prevenirte, que, junto contigo, hay seguramente muchos emboscados, que van a la guerra porque la quinta los obliga; jóvenes sin ideas, que toda su juventud la han pasado presumiendo su tipo de gran "Rodolfo castigador" por paseos y "dancings", y que hoy, por la acertada disposición de nuestro Gobierno, se ven enrolados en nuestro Ejército; pues bien, de estos cuerpos sin alma, de estos hombres sin ideales, que viven tan sólo por el mero hecho de vivir, son de los que más debes de cuidar, porque mientras vayamos de triunfo en triunfo serán unos luchadores más, pero en el momento que nuestras armas sufran el más pequeño tropiezo, te advierto, y esto lo hago por experiencia, que si en realidad eres un verdadero antifascista, no lo pierdas de vista, pues instantáneamente se les pierde toda la moral, convirtiéndose en este momento en el enemigo más grande que te puedas imaginar, dispuesto a traicionarte en la primera ocasión que se le presente.

Por esto te pido a ti, nuevo soldado de la República, en nombre de todos sus defensores, que vigiles, con tus cinco sentidos, a tu compañero de puesto; no dudes un momento en dar tu vida por tu Patria; pon a su disposición todo lo que esté de tu parte, y al hacerlo, piensa que lo haces por la libertad de tus hijos y de todos tus seres queridos, y yo estoy seguro que no titubearás en ser uno más de los miles defensores de la libertad.

J. MONLLOR

Los Legionarios de la Muerte

(Viene de la página 4.)

Por fin, el día 24 de julio, por la noche, llegó el relevo; llevábamos sesenta días en aquellas posiciones, y, por las circunstancias del momento, se nos anunció que no habría permisos, sino solamente un descanso de quince días en un pueblecito en segunda línea, y allí fué el 149 Batallón después de haber efectuado un relevo, en el que, por insuficiencia de vehículos, hubo de verificarse en dos veces, la segunda ya de madrugada, y que, sin embargo, se realizó sin ningún contratiempo.

Hagamos aquí punto final a estos apuntes; los hechos relatados y los omitidos, unos involuntariamente; por olvido, otros; por no hacer interminable este relato, son una garantía de lo que la República puede esperar de este Batallón si conserva su pureza.

Sus hombres, viejos luchadores por las ideas de libertad, y que desde el primer momento hicieron el sacrificio de su vida; con la experiencia que da un año de guerra, siempre en el frente; habiendo pasado por los hospitales la casi totalidad de los "veteranos", y, sobre todo, con el sello personal que supo imprimir Perea, son una verdadera garantía para la causa.

Y a pesar de las diferencias políticas de los componentes del Batallón, de las pequeñas rencillas personales, que inevitablemente siempre existen, a pesar de todo, ni uno sólo de sus componentes, veteranos o reclutas, deja sin contestar los gritos de ¡Viva Perea! ¡Viva la República!

F. TRILLO

Visado por la censura

LOS LEGIONARIOS DE LA MUERTE



Apuntes para la Historia del 149 Batallón

(Conclusión.)

El día 20, con motivo de relevar el enemigo la 5.ª bandera del Tercio, que eran los que teníamos enfrente, un soldado y dos cabos se pasaron a nuestras filas.

El soldado lo verificó por la posición de Casa Blanca; el centinela, que vió un bulto acercarse arrastras, hizo fuego, hiriéndole levemente en un brazo.

—¡No tirar, compañeros, que vengo a pasarme!— gritó el fugitivo.

Saltaron el parapeto tres o cuatro de nuestros hombres y, con riesgo de su vida, lograron traerle a nuestras líneas, donde fué debidamente atendido.

Casi simultáneamente, dos cabos se pasaban por otra de nuestras posiciones. Estos tuvieron más suerte, pues el centinela, con mayor sangre fría, los dejó acercarse y, cuando los tuvo a cuatro metros, los encañonó y los dió el alto.

Por estos evadidos supimos que el día 16, o "del armisticio", como le llamábamos, hubo una reyerta entre los oficiales facciosos, pues unos querían habernos ametrallado cuando estábamos por el campo y otros se opusieron a tan infame villanía, llegando incluso a las manos.

Unos días después, otros cinco evadidos, dos cabos y tres soldados, se pasaron a nuestras filas por el mismo sitio donde se había pasado el anterior, estas continuas desertiones de las filas facciosas daban prueba de su desmoralización.

Perea se había hecho cargo del IV Cuerpo de Ejército y se había trasladado a Guadalajara, pero lo mismo que su Batallón no le abandonaba a él, él tampoco abandonó su Batallón, y no el Batallón, sino toda la Brigada recibió orden de pasar a la 17 División.

Como se llevaba más de tres meses sin descanso, la fuerza quería que antes de ir a ocupar sus nuevas posiciones se la diera un pequeño reposo en Madrid. La situación en aquel momento no era muy favorable para ese descanso, tanto más cuando había que combinar el movimiento de las fuerzas.

Sin embargo, el día antes del relevo se anunció que se descansarían cuatro días en Madrid, si bien estando preparados por si nos llamaban antes.

El relevo estaba anunciado para las ocho de la noche del día 16 de mayo, pero entre que empezó más tarde y la lentitud con que se efectuó, cuando se reunieron todas las fuerzas en la Playa, donde esperaban las camionetas, era ya de día.

En perfecto orden se subió a los coches por compañías y, cuando ya se esperaba la orden de marcha, se presentó en una moto un oficial de Estado Mayor con un parte.

Era la orden de marchar directamente al frente sin parar en Madrid.

La noticia causó la natural sorpresa, algunas voces de disgusto se dejaron oír. Se discutió un poco. Pero la razón se hizo entender, desde luego el Batallón necesitaba algún reposo, pero si había necesidad de marchar, al enemigo se iba. El Batallón de "Perea" no se había echado para atrás jamás.

Y por El Pardo, Fuencarral, Hotel del Negro y Ciudad Lineal, se fué a salir a Canillejas para coger la carretera de Aragón.

Al atravesar estas cercanías de Madrid, en las primeras horas de la mañana del día 17, las personas que se cruzaban con el convoy, en su mayoría mujeres, miraban con interés aquellos rostros que reflejaban la permanencia prolongada en un frente, y que marchaban con dirección a otro, pero en los que se veía la firme decisión de vencer.

Desde los coches se arrojaron bastantes flores de los ramos que traían los soldados con intención de llevarlas a sus familias; al no parar en Madrid, ofrecían esas flores a los madrileños que encontraban, rindiendo con ese sencillo gesto un tributo a su heroica población.

También arrojaron buen número de "chuscos", que fueron recogidos con avidez, en aquellos días en que, en Madrid, el pan andaba algo escaso.

Y por la carretera de Aragón, hacia tierras de la Alcarria, partió el Batallón, en pos de "nuestro comandante".

Al llegar a Guadalajara, los coches hicieron un alto. Como la noche anterior, con motivo del relevo, casi no se había cenado y no se había dormido, había algo de apetito; y, no bien pararon los coches, saltaron a tierra nuestros soldados y se dispersaron por la ciudad buscando quien un poco de café, quien un poco de coñac o unos churros.

Algún trabajo le costó al comandante reunir de nuevo el Batallón en los coches, pues estando dispersados por todos los establecimientos donde se vendía algo de comer o de beber, fué casi preciso recorrerlos todos para advertirlos que los coches emprendían de nuevo la marcha.

Cerca de las dos de la tarde se llegó al pueblo donde teníamos preparado el alojamiento, las fuerzas se distribuyeron según las órdenes dadas, y durante toda aquella tarde se disfrutó de la estancia en un lugar donde se podían adquirir artículos que no habían abundado mucho.

El día 18, algunos oficiales, en unión del comisario, se trasladaron a ver a Perea, a fin de solucionar un corto descanso a la fuerza, y, en efecto, aquella misma tarde, dos compañías y media, salieron para Madrid con cinco días de permiso.

Durante este tiempo, el medio Batallón que permaneció en aquel pueblo, lo aprovechó para hacer algo de instrucción y algunas pequeñas marchas.

El día 23 de mayo, de regreso los que se habían ido con permiso, partió aquella misma tarde el otro medio Batallón, si bien éstos llevaban sólo autorización para tres días.

El día 25, por la tarde, inopinadamente, vino la orden de partir para las trincheras.

Aquella mañana, precisamente, había sido vacunada la fuerza contra el tifus, y por la tarde algunos sentían los efectos de la inyección; por otra parte, creyendo que la estancia en aquel pueblo se prolongaría algunos días, muchos de los soldados se habían acomodado en las casas del pueblo, con los vecinos, y en el momento de la llamada se hallaban en la agradable ocupación de preparar la cena, o bien tomando alguna copilla en las tabernas del pueblo.

Pero todo se dejó rápidamente, la presencia del Batallón era necesaria en las trincheras, y en pocos momentos estuvo la fuerza presta para la marcha.

Los que se hallaban en Madrid con permiso fueron llamados aquella misma tarde, y se incorporaron ya en el frente en días sucesivos; mientras tanto, dos compañías del 151 Batallón suplieron la falta de esas fuerzas.

En camionetas, un poco estrechos esta vez, emprendimos el camino hacia lo desconocido.

Después de dos horas, o algo más, de marcha, el convoy se detuvo. Por un sendero, lleno de peñascos, llegamos a un pueblo. Sus casas tenían muestras bien visibles de los bombardeos. Sus calles, en rápida pendiente, teniendo como empedrado la roca nativa y llenas de guijarros, estrechas y tortuosas, daban una nota tétrica al lugar.

Allí encontramos los oficiales y los enlaces de las fuerzas que íbamos a relevar. Las dos compañías presentes, primera y segunda, así como una sección de ametralladoras, fueron a ocupar sus puestos respectivos.

Al pie de una colina, con un profundo valle a nuestros pies, era la posición a ocupar. No existía ninguna fortificación; algunas barracas, muy pocas, y deficientes, era lo único que existía para refugio y protección de la fuerza. Las fuerzas salientes nos recomendaron de hacer la vida de noche y dormir de día, a fin de evitar el andar al descubierto por aquellos campos y exponerse al fuego del enemigo, que ocupaba otra colina frente a la nuestra, al otro

lado del estrecho valle que teníamos a nuestros pies.

Pero nuestros soldados, que, igual que el fusil, manejan el pico, al día siguiente empezaron a trabajar. Trincheras, barracas surgían con gran rapidez, a pesar de lo ingrato del terreno, que era casi todo roca.

Particularmente, la segunda compañía, en menos de diez días, hizo una trinchera seguida de cerca de 1.800 metros, casi toda ella picada en la roca. Siendo felicitada por esta causa más tarde por el nuevo jefe, que se hizo cargo de la Brigada.

En barracas, varias merecían señalarse, en particular una, conocida con el nombre de "La Telefónica", de 4 por 4 metros y 3 de altura, tallada en una roca, en la que había sus puertas y ventanas, traídas de las ruinas del pueblo, sus literas y hasta un vestíbulo, en el que una péndula señalaba las horas del relevo.

Por dos veces fué bombardeado el pueblo por los facciosos; en particular la segunda vez con gran saña, acabando de derrumbar sus ya destruidas casas, pero sin que nosotros tuviéramos baja alguna.

El día 9 de junio, fuerzas nuestras operaron por nuestra izquierda realizando una operación brillantísima por el número de prisioneros y material cogido al enemigo. Este se vengó, lanzándonos de nuevo su metralla, aunque tan infructuosamente como las veces anteriores.

En las posiciones también hubimos de soportar varios bombardeos en diferentes fechas, pero nuestros soldados, por experiencia, sabían protegerse contra tales agresiones.

La compañía de ametralladoras decoró el Salón de Actos del Ayuntamiento y lo transformó en Círculo de recreo. Había dominós y damas; y, en un mostradorcito, se servían refrescos y bebidas. Un "veterano", con chaquetilla blanca y un gorro de los llamados "merengues", servía diligente a los "parroquianos".

En el campo, los guisantes y las lentejas estaban en sazón, y los soldados, que, a más de guerreros, habían hecho de pescadores a tiros, y de constructores, descubrieron su afición agrícola, y hacían buena recolección de estos productos. Por la noche, en cada barraca se veía su botecito puesto sobre unas ascuas cocer la recolección del día para dar un extraordinario al rancho.

La cebada y el trigo maduraron también, y en cada compañía se formó un equipo de segadores, que, despreciando los obuses que solían caer y aguantando los "pacos" facciosos, hicieron la recolección de la mies.

En una incursión al campo faccioso, se recogió cierta cantidad de harina, e inmediatamente surgió un "churrero". A las seis de la mañana, en la plaza del pueblo, ante una marmita de aceite hirviendo, estaba todos los días ese camarada haciendo la rica fritura, que era el extraordinario del desayuno. Y, al año de guerra, en el frente, en las avanzadillas, gracias al ingenio de ese camarada, nuestro Batallón desayunaba con **churros calientes**. Añadiendo así una nota pintoresca a nuestra permanencia en aquella posición.

Los evacuados de un pueblo situado entre ambas líneas, vendieron varias cabezas de ganado lanar, y a los soldados del 149 Batallón tampoco les vino mal el oficio de pastores.

La oveja y el borreguito seguían dóciles a su nuevo dueño; aunque algunas veces saltaban los parapetos con dirección a los facciosos, poniendo en aprieto al "pastor", que pasaba sus apuros para recuperarlas.

(Continúa en la página 3.)